



<http://www.librodot.com>

AVENTURA EN EL BARCO

(The Ship of Adventure, 1950)

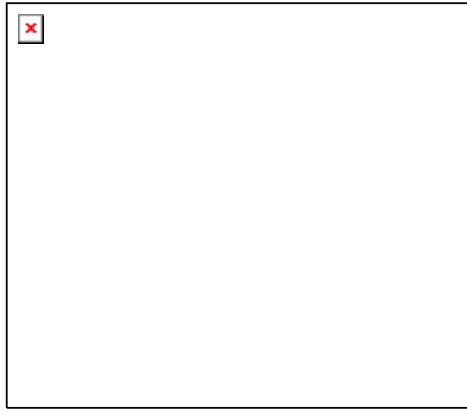
ENID BLYTON

ÍNDICE

Advertencia-----	4
CAPÍTULO PRIMERO	
Un gran plan para las vacaciones-----	5
CAPÍTULO II	
A bordo del “Viking Star”-----	9
CAPÍTULO III	
Los viajeros se instalan-----	13
CAPÍTULO IV	
Jorge aumenta el número del grupo-----	17
CAPÍTULO V	
Llega Luciano-----	23
CAPÍTULO VI	
La historia del tesoro de Andra-----	27
CAPÍTULO VII	
Luciano es una gran ayuda-----	31
CAPÍTULO VIII	
El barco dentro de la botella-----	35
CAPÍTULO IX	
El secreto del Barco de la Aventura-----	44
CAPÍTULO X	
Escondites-----	48
CAPÍTULO XI	
Luciano lo pasa mal-----	52
CAPÍTULO XII	
El segundo fragmento del mapa-----	56
CAPÍTULO XIII	
¡Adiós, señor Eppy!-----	60
CAPÍTULO XIV	
Empiezan a ocurrir cosas-----	64

<http://www.librodot.com>

CAPÍTULO XV	
Bill escucha la historia -----	68
CAPÍTULO XVI	
Bill hace unas cuantas averiguaciones -----	72
CAPÍTULO XVII	
¡A Thamis, por fin! -----	76
CAPÍTULO XVIII	
Unas cuantas sorpresas -----	81
CAPÍTULO XIX	
Toda clase de sorpresas -----	86
CAPÍTULO XX	
Explorando la ruta del tesoro -----	90
CAPÍTULO XXI	
“Kiki” Se Pone Pesado -----	94
CAPÍTULO XXII	
El señor Eppy otra vez -----	98
CAPÍTULO XXIII	
Tesoro... ¡y desgracia! -----	102
CAPÍTULO XXIV	
¡Prisioneros! -----	106
CAPÍTULO XXV	
Lo que sucedió en la noche -----	109
CAPÍTULO XXVI	
A la mañana siguiente -----	112
CAPÍTULO XXVII	
Visitantes inesperados -----	116
CAPÍTULO XXVIII	
¡Huida! -----	120
CAPÍTULO XXIX	
Un desenlace feliz después de todo -----	124



ADVERTENCIA

Éste es el sexto libro de la serie “Aventuras”. Continúan en él las aventuras de Jack, Jorge, Dolly, Lucy y, claro, el loro “Kiki”; al igual que los otros cinco tomos, este libro está completo en sí.

El resto de la serie contiene: **Aventura en la Isla, Aventura en el Castillo, Aventura en el Valle, Aventura en el Mar, Aventura en la Montaña.**

Espero que **Aventura en el Barco** gustará a mis lectores tanto como les han gustado las demás. Os deseo unos ratos agradables,

ENID BLYTON

CAPÍTULO PRIMERO

UN GRAN PLAN PARA LAS VACACIONES

–Mamá nos reserva una sorpresa –anunció Jorge Mannering–. Estoy seguro de ello. Se ha vuelto la mar de misteriosa.

–Sí –asintió su hermana Dolly–. Y cada vez que le pregunto lo que vamos a hacer estas vacaciones, sólo me contesta: “¡Aguarda y verás!” ¡Como si fuéramos unas criaturas de diez años!

–¿Dónde está Jack? –quiso saber Jorge–. A ver si sabe él lo que le ocurre a mamá.

–Ha salido con Lucy –le contestó su hermana–. ¡Ah! ¡Oigo chillar a “Kiki”! ¡Ahora vienen!

Jack y Lucy Trent entraron juntos, muy parecidos en el cabello rojizo, los ojos verdes y las pecas a docenas. Jack sonrió.

–¡Hola! Os hubiera gustado estar con nosotros hace un momento. Un perro ladró a “Kiki”, y él se posó en una valla y maulló. ¡En mi vida vi perro más sorprendido!

–Salí huyendo con el rabo entre las piernas –dijo Lucy rascándole la cabeza al loro.

Éste se puso a maullar otra vez al darse cuenta de que los niños hablaban de él. Luego siseó y escupió como un gato enfurecido. Los muchachos se echaron a reír.

–Si le hubieras hecho eso al perro, se hubiese muerto de asombro –dijo Jack–. ¡Buen pájaro,

“Kiki”! Nadie puede aburrirse mientras andes tú por los alrededores.

“Kiki” empezó a balancearse de un lado a otro, haciendo el mismo ruido que si se arrullase. Luego prorrumpió en una de sus tremendas carcajadas.

–Ahora no haces más que exhibirte –dijo Jorge–. No le hagamos ningún caso. Empezará a escandalizar y entrará mamá corriendo.

–Y eso me recuerda..., ¿por qué se ha vuelto tan misteriosa mamá? –inquirió Dolly–. Lucy, ¿te has dado cuenta tú?

–Pues sí...; tía Alisan sí que obra como si nos tuviese algo guardado –asintió Lucy, pensativa–. Algo así como suele hacer poco antes del cumpleaños de alguno. Yo creo que tiene un plan para las vacaciones de verano.

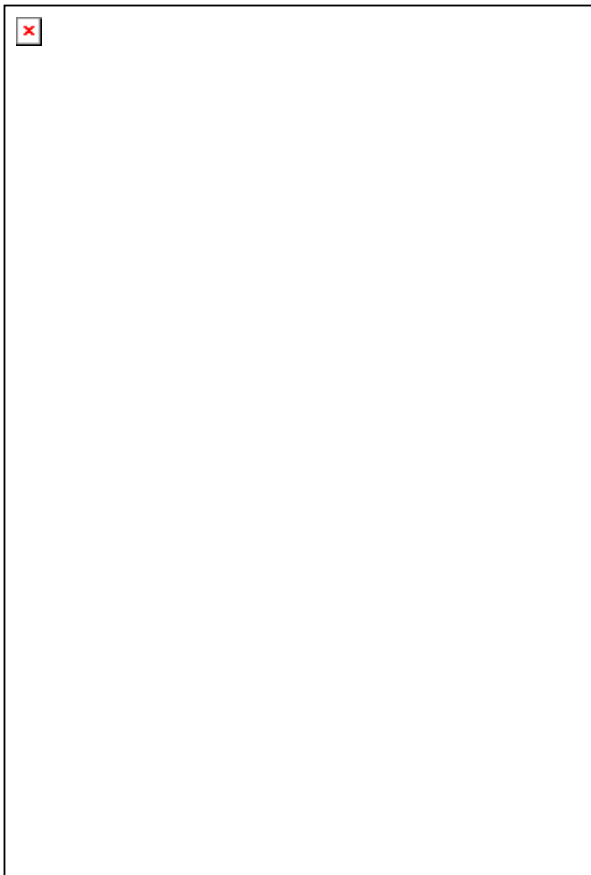
Jack exhaló un gemido.

–¡Troncho! También yo tengo un plan perfecto. Un plan verdaderamente estupendo. Más valdrá que proponga yo el mío antes de que tía Allie exponga el suyo.

–¿Cuál es el tuyo? –inquirió Dolly, con interés. Jack siempre tenía planes maravillosos, aunque pocos de ellos llegaban a realizarse.

–Pues veréis... se me había ocurrido que podíamos salir todos juntos en bicicleta,

llevándonos una tienda de campaña... y acampar en un sitio distinto cada noche. Resultaría magnífico.



Los otros le miraron con desdén.

–Eso lo sugeriste el verano pasado, y el anterior también –dijo Dolly–. Mamá dijo que no entonces, y no es fácil que diga sí ahora. Sí que es un buen plan marcharnos así solitos... pero desde que hemos tenido tantas aventuras, mamá no quiere ni oír hablar de él siquiera.

–¿No podría vuestra madre venir con nosotros? –preguntó Lucy, esperanzada.

–Ahora eres tú la que está siendo boba –le contestó Dolly–. Mamá es muy buena; pero las personas mayores son demasiado quisquillosas y andan con demasiadas precauciones y miramientos. Tendríamos que ponernos el impermeable en cuanto cayese una gota de lluvia, y los abrigo si se ponía el sol, y nada me sorprendería que nos obligase a llevar un paraguas a cada uno, sujeto al manillar de la “bici”.

Los otros se echaron a reír.

–Entonces, supongo que no resultaría invitar a tía Allie también –dijo Lucy–. ¡Qué lástima!

–¡Qué lástima, qué lástima! –asintió inmediatamente “Kiki”–. ¡Límpiate los pies y cierra la puerta! ¿Dónde tienes el pañuelo, malo, más que malo?

–No anda desencaminado “Kiki” –observó Jorge–. Ésas son las cosas que dicen hasta las personas mayores más simpáticas, ¿verdad, “Kiki”, amigo?

–Bill no es así –intervino Lucy–. Bill es una gran persona.

Todos se mostraron de acuerdo, Bill Cunningham, o Hill Smugs, como les dijera llamarse al principio de conocerles, era muy buen amigo, y había compartido con ellos todas sus aventuras. A veces le habían arrastrado ellos a la aventura, otras había sido lo contrario, siendo él quien se metiera en ella, siguiéndole luego los muchachos. A veces parecía que, en efecto, la señora Mannering tenía razón al decir que siempre surgían aventuras donde Bill y los niños se encontraran.

–También yo tenía una idea para este verano –anunció Jorge–. Pensé que sería muy divertido acampar junto al río y buscar nutrias. Nunca he tenido una nutria en casa entre mis favoritos. Y son la mar de hermosas. Pensé...

–Claro, a ti tenía que ocurrírsete una cosa así –observó Dolly, medio enfadada–. Por el mero hecho de que estás loco por toda clase de bichos, desde las pulgas hasta... hasta...

–Los elefantes –sugirió Jack.

–Desde las pulgas hasta los elefantes, te crees que a todo el mundo le pasa igual –dijo Dolly–. ¡Qué veraneo más horrible andar buscando nutrias mojadas y limosas... y tener que aguantarlas en la tienda de campaña por la noche, supongo... y toda otra serie de cosas horribles...!

–Cállate, Dolly –dijo Jorge–. Las nutrias no son horribles. Son hermosas. ¡Hay que verlas nadar debajo del agua! Y, a propósito, a mí no me entusiasman las pulgas. Ni los mosquitos. Ni los tábanos. Me parecen interesantes, pero no puedo decir que haya tenido nunca cosas así como favoritas.

–¿Y esos ciempiés que tuviste una vez... y que se escaparon de esa jaulita tan estúpida que les hiciste? ¡Ah! ¿Y ese escarabajo domesticado? ¿Y ese...?

–¡Troncho! ¡Ya nos hemos disparado! –exclamó Jack, viendo que se iniciaba una de las riñas habituales entre Jorge y la impulsiva Dolly–. ¡Supongo que vamos a tener que escuchar una lista interminable de los bichos favoritos de Jorge ahora! Sea como fuere, aquí viene tía Allie. Podemos preguntarle qué opina de nuestras ideas de veraneo. Suelta tú la tuya primero. Jorge.

La señora Mannering entró con un folleto en la mano. Les dirigió una sonrisa a los cuatro, y “Kiki” irguió la cresta para darle, encantado, la bienvenida.

–Límpiate los pies y cierra la puerta –dijo, con tono amistoso–. Uno, dos, tres, ¡va!

Imitó la detonación de una pistola al decir “¡va!”, y la señora Mannering dio un brinco de sobresalto.

–No te asustes, mamá... Se empeña en hacer eso desde que asistió a las carreras y otros deportes del colegio, y oyó al arbitro gritarnos y disparar la pistola para que arrancáramos –rió Jorge–. Una vez imitó la detonación cuando estábamos todos en línea, preparados para empezar... ¡y salimos todos corriendo antes de tiempo! ¡Lo que se rió “Kiki” al verlo, el muy travieso!

–¡Lorito malo, pobre torito, qué lástima, qué lástima! –dijo “Kiki”.

Jack le dio un golpe en el pico.

–Cállate. A los loros se les ha de ver y no oírseles. Tía Allie, estábamos hablando de planes para las vacaciones. A mí me pareció una idea estupenda que nos dejara marchar en bicicleta... ir adonde quisiéramos y acampar durante la noche. Ya sé que dijo usted que no cuando se lo preguntamos en otras ocasiones, pero...

–Y digo que no otra vez –anunció la señora, con firmeza.

–Bueno, mamá, pues, ¿podremos ir entonces al río y acampar allí? Quiero aprender algo más de las nutrias –dijo Jorge, sin hacer caso del fruncido entrecejo de Dolly–. Es que...

–No, Jorge –contestó la madre, con la misma firmeza de antes–. Y tú sabes muy bien por qué no quiero dejarte hacer excursiones de esa clase. A estas horas ya debieras haber renunciado a preguntarme nada siquiera.

–Pero, ¿por qué no quiere usted dejarnos ir? –gimió Lucy–. No correremos ningún peligro.

–Lucy, de sobra sabes que en cuanto os pierdo de vista un instante durante las vacaciones, os falta tiempo... sí, os falta tiempo para embarcaros en las aventuras más horripilantes que imaginarse pueden –la señora hablaba con verdadera ferocidad–. Y estoy completamente decidida a que estas vacaciones no vayáis a ninguna parte solos, conque es completamente inútil que me pidáis permiso.

–Pero, mamá, eso es injusto –observó Jorge, consternado–. Hablas como si fuéramos nosotros buscando aventuras. Y eso no es verdad. ¿Querrás decirnos, mamá, en qué aventura podemos meternos yendo a acampar junto al río? ¡Si hasta podrías venir tú misma a vernos tan tranquilos todas las tardes!

–Sí, y la primera tarde que fuese me encontraría con que habíais desaparecido todos, y que andabais por Dios sabe dónde, entre ladrones o espías o granujas de alguna especie –repuso la madre–. Acordaos de algunos de vuestros veraneos... empezasteis por perderos en una antigua mina de cobre en una isla desierta... Otra vez os hicisteis encerrar en las mazmorras de un castillo, y anduvisteis mezclados con espías...

–Ooooh, sí –asintió Lucy, recordando–. Y otra vez nos equivocamos de aeroplano y se nos llevaron al Valle de la Aventura. Fue entonces cuando descubrimos todas aquellas estatuas raras, robadas, escondidas en cavernas... ¡cómo les brillaban los ojos cuando las vimos! Yo creí que estaban vivas, pero no lo estaban, claro.

–Y al verano siguiente nos fuimos con Bill a las islas de las aves –dijo Jack–. Fue magnífico. Tuvimos dos frailecillos mansos, ¿recuerdas, Jorge?

–“Soplando” y “Bufando” –dijo “Kiki” a continuación.

–Justo, pájaro; justo –asintió Jorge–. “Soplando” y “Bufando” se llamaban. Eran un encanto.

–Iríais a buscar pájaros; pero os encontrasteis con toda una carnada de bribones –dijo la madre–. ¡Contrabandistas de armas! Peligrosos a más no poder.

–Bueno, mamá, ¿y el verano pasado? –observó Dolly–. ¡Por poco te viste tú en esa aventura!

–¡Horrible! –exclamó la señora, estremeciéndose–. Esa montaña horrenda, con sus extraños secretos... y el loco Rey de la Montaña... Por poco no salís de allí. No... os digo, definitivamente, que nunca más iréis solos a ninguna parte. ¡Voy a ir yo siempre con vosotros!

Hubo silencio tras estas palabras. Los cuatro niños le tenían mucho afecto a la señora Mannering, pero les gustaba poder pasar parte de cada veraneo sin personas mayores.

–Bueno... tía Allie..., si Bill nos acompañase, ¿te parecería bien entonces? –inquirió Lucy–. Yo siempre me siento segura con Bill.

–Tampoco puede contarse con que Bill no se meta en una aventura –respondió la señora Mannering–. Es una gran persona, ya lo sé, y me fiaría de él más que de ninguna otra persona del mundo. Pero, en cuanto vosotros y él os juntáis, no hay manera de saber lo que va a ocurrir. Conque estas vacaciones he trazado un plan muy seguro... y Bill no figura en él; conque quizá logremos así mantenernos fuera de peligro y alejados de todo suceso extraordinario.

–¿Cuál es tu plan, mamá? –preguntó Dolly, nerviosa–. No digas que vamos a ir al hotel de una playa o cosa por el estilo. No admitirían a “Kiki”.

–Os voy a llevar a todos a hacer un crucero en un barco muy grande –anunció la señora Mannering, sonriendo–. Sé que eso os gustará. Será la mar de divertido. Haremos escala en la mar de sitios y veremos toda clase de cosas raras y emocionantes. Y os tendré a todos bajo mi vista en un solo sitio todo el tiempo... El barco será nuestra casa durante una temporada, y si saltamos a tierra en los puertos, lo haremos todos juntos y en grupo. No habrá ocasión de correr ninguna aventura.

Los cuatro niños se miraron unos a otros. “Kiki” les observó. Jorge fue el primero en hablar.

–Sí que suena emocionante, mamá... ¡de veras que sí! Nunca hemos estado en un barco verdaderamente grande antes. Claro está que echaré de menos el no tener animales.

–¡Oh, Jorge!, ¿es que no puedes pasarte sin tu eterno parque zoológico? –exclamó Dolly–. Por mi parte, confieso que sentiré un gran alivio sabiendo que no llevas escondidos ratones por entre la ropa, ni lagartijas, ni escincoideos. Mamá, a mí me suena estupendo. Gracias por haber pensado en algo tan emocionante.

–Sí, suena de primera –asintió Jack–. Veremos la mar de pájaros que no he visto yo aún.

–Jack se siente feliz mientras esté en un sitio donde pueda ver pájaros –dijo Lucy, riendo–. Con la locura que tiene Jorge por toda clase de animales, y la pasión de Jack por los pájaros, menos mal que nosotros no le hemos cogido afición desmedida a nada. Tía Allie, su plan es lo mejor de lo mejor. ¿Cuándo marchamos?

–La semana que viene –contestó la señora–. Así tendremos tiempo de sobra para prepararlo todo y hacer el equipaje. Hará mucho calor durante el crucero, conque hemos de equiparnos de ropa de verano en abundancia. La blanca es preferible... no absorbe tanto el calor. Y tendréis que llevar todos algo que os proteja la cabeza contra el sol, conque no empecéis a quejaros de que os obligo a llevar sombrero.

–¿No va a ir Bill? –preguntó Jorge.

–No –respondió la madre, con firmeza–. Me siento un poco mezquina por no invitarle, porque acaba de rematar el caso que estaba investigando y necesita unas vacaciones. Pero esta vez no viene con nosotros. Yo quiero unas vacaciones tranquilas, sin aventuras de ninguna clase.

–¡Pobre Bill! –dijo Lucy–. Sin embargo..., posiblemente, se alegre de poderse ir de vacaciones sin nosotros por una vez. Oíd... va a ser divertido, ¿no os parece?

–¡Divertido! –dijo “Kiki”, interviniendo, con un aullido de excitación–. ¡Divertido, divertido, divertido!

CAPÍTULO II

A BORDO DEL “VIKING STAR”

Desde luego, era divertido ponerse a prepararlo todo; comprar ropa casi transparente y sombreros enormes, rollos y más rollos de película para las máquinas fotográficas, guías y mapas. Había de ser un crucero largo, y tocaría la nave en Portugal, Madeira, el Marruecos francés, España, Italia y las islas del Mar Egeo. ¡Qué viaje más maravilloso!

Por fin quedó todo preparado. Los baúles estaban llenos y sujetos con correas. Habían llegado los pasajes. Tenían los pasaportes y todos habían aullado de consternación al ver lo horribles que estaban en las fotografías de dichos documentos oficiales.

“Kiki” aulló también, nada más que por no dejar de participar en el jaleo. Le encantaba chillar, gritar y aullar, pero no veían con buenos ojos que lo hiciese; conque, cuando todos gritaban y chillaban, aprovechaba la ocasión para desahogarse.

–Cállate, “Kiki” –dijo Jack, quitándose del hombro de un empujón–. ¡Mira que gritarme al oído de esa manera! Es como para dejarme más sordo que una tapia. Tía Allie, ¿necesitará pasaporte “Kiki”?

–Claro que no –respondió la señora Mannering–. Ni siquiera estoy segura de que le permitirán acompañarnos. Jack la miró, contornado.

–Pero... ¿es que yo no puedo ir si no va “Kiki”? No puedo dejarle atrás. Se consumiría de tristeza.

–Bueno, ya escribiré preguntando si puedes llevarle. Pero si la respuesta es negativa, no quiero que armes jaleo, Jack. Me he tomado la mar de molestias para arreglar este viaje, y no puedo permitir que lo echés a perder por culpa del loro. No veo yo cómo van a permitirle que vaya... Estoy segura de que los pasajeros se quejarían de un pájaro tan escandaloso como éste.

–Sabe ser la mar de callado cuando quiere –dijo el pobre Jack.

“Kiki” escogió aquel momento para ponerse a hipar. Lo hacía muy bien, y el ruido le molestaba siempre a la señora Mannering.

–Basta ya, “Kiki” –ordenó.

El loro calló y miró con expresión de reproche a la señora. Empezó a toser, con una tosecilla hueca que le había oído al jardinero.

La señora Mannering intentó no reírse.

–¡Es un pájaro tan tonto! –exclamó–. Loco de atar. Bueno, y ¿dónde he puesto la lista de cosas que tengo que hacer antes de que nos marchemos?

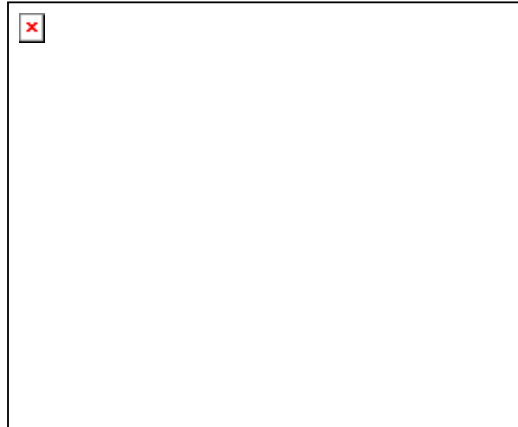
–¡Uno, dos, tres, va! –gritó “Kiki”.

Jack le contuvo a tiempo, antes de que imitase la detonación. La señora salió del cuarto y el niño le habló con solemnidad al loro.

–“Kiki”, tal vez tenga que marcharme sin ti. No puedo descabalar todos los planes de los demás en el último instante por tu culpa. Pero haré cuanto pueda, ¡ánimo!

–¡Dios salve al rey! –dijo “Kiki”, decidiendo que debía tratarse de una ocasión solemne por la expresión que veía en el rostro de su amo–. ¡Pobre lorito, lorito malo!

Los últimos días transcurrieron lentamente. Lucy se quejó de ello.



–¿Por qué será que el tiempo va siempre tan despacio cuando una quiere que suceda algo aprisa? Es repugnante. ¡No llegará nunca el jueves!

Jack no estaba tan excitado como los otros, porque había llegado una carta diciendo que no podían llevarse loros a bordo. Los cuatro niños lo sintieron mucho, y Jack se puso angustiadísimo. Pero no gruñó por eso ni molestó a la señora Mannering. Ella se compadeció de él, y ofreció arreglar las cosas para que una mujer del pueblo cuidase a "Kiki".

–Tuvo en otros tiempos un loro –le dijo–. Conque supongo que le gustará tener a "Kiki".

–No, gracias, tía Allie. Ya arreglaré yo algo –le contestó el niño–. ¡No hablemos de ello!

Conque la señora Mannering no volvió a mencionar el asunto y aún cuando al sentarse todos a la mesa a tomar el té, "Kiki" se comió todas las pasas del pastel antes de que se diera cuenta nadie, no dijo una palabra.

El miércoles marcharon todos en el coche de la señora Mannering a Southampton, seguidos de otro vehículo que transportaba el equipaje. Se hallaban en un estado de excitación enorme. A todos se les había encomendado alguna cosa, y Lucy no hacía más que mirar con ansiedad su paquete para asegurarse de que aún lo llevaba.

Iban a alojarse aquella noche en un hotel y embarcar a las ocho y media de la mañana para aprovechar la marea. Estarían ya navegando a las once en dirección a Francia. ¡Qué emoción!

Comieron bien en el hotel, y luego la señora Mannering propuso que fueran a un cine. Estaba segura de que ninguno de los niños se dormiría si les mandaba a la cama a la hora acostumbrada.

–¿Le importa que vaya a buscar a un compañero de colegio, tía Allie? –preguntó Jack–. Vive en Southampton y me gustaría darle la sorpresa de hacerle una visita.

–Bueno; pero no quiero que vuelvas tarde. ¿Quieres tú irle a ver también, Jorge?

Pero Jack estaba ya fuera de la habitación, y su respuesta resultó ininteligible.

–¿Qué ha dicho? –preguntó Jorge.

–Pareció algo así como "Porky" –respondió Dolly.

–¿Porky? ¿Qué querrá decir? Será alguno que esté chiflado por los pájaros. Bueno, iré al cine. Me gustará ver la película, porque creo que salen en ella animales salvajes.

Marcharon al cinematógrafo sin haber vuelto a ver a Jack. Le encontraron en el hotel cuando regresaron, leyendo una de las guías que había comprado la señora Mannering.

–¡Hola! ¿Viste a Porky? –inquirió Jorge.

Quedó extrañado al observar que por toda contestación Jack le miraba frunciendo el entrecejo. ¿Qué estaba urdiendo Jack? Cambió inmediatamente de tema, y se puso a hablar de la película que habían visto.

–Ahora a la cama –dijo la señora Mannering–. Deja de hablar. Jorge. Andando todos... y no olvidéis que a las siete en punto tenéis que estar en pie.

Todos se despertaron mucho antes de las siete. Las niñas hablaron entre sí, y los muchachos estuvieron charlando también. Jorge le interrogó a Jack acerca de la noche anterior.

–¿Por qué me hiciste callar cuando te pregunté por Porky? –quiso saber–. Y, a propósito, ¿quién es Porky?

–Ese chino que se llama Hogsney –contestó el otro–. Le pusimos Porky de apodo. Dejó hace tiempo el colegio. Siempre andaba queriendo que le prestara el loro, ¿no te acuerdas?

–Ah, sí, Porky, claro. Casi me había olvidado de él. Jack, ¿qué pasa? ¡Pareces estarte haciendo la mar de reservado!

–No me hagas preguntas, porque no quiero contestarlas.

–¡Cuánto misterio! –exclamó Jorge–. Yo creo que se trata de algo relacionado con "Kiki". Nos diste largas a todos cuando te preguntamos qué habías hecho del loro. Creímos que estarías disgustado por tener que separarte de él, y no insistimos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

